

IBEROAMÉRICA Y OCCIDENTE: TENSIONES Y ACUERDOS

POR

ALBERTO BUELA

La metapolítica como saber pluridisciplinario, nos permite tanto una aproximación adecuada a las grandes categorías que condicionan la acción política de los gobiernos del orbe, como el acceso al conocimiento de las razones profundas que explican esas acciones.

El asunto que vamos a tratar, cuál sea la relación entre Iberoamérica y Occidente, mucho tiene que ver con nuestra posición filosófica ante el hombre, el mundo y sus problemas. En una palabra, según sea la concepción del ser del ente —nominalista, idealista, realista— así será, en definitiva, la explicación, de esta relación.

Si nosotros sostuviéramos junto con Ludwig Wittgenstein que "el significado de una palabra (concepto) está dado por el uso", no tendría razón de ser nuestro esfuerzo intelectual porque el problema no existe. El uso actual —*mass media* y multinacionales mediante— nos dice que no hay ninguna diferencia entre Latinoamérica (así la llaman ellos) y Occidente. Es más, nosotros somos *the backyard*, el patio trasero de Occidente encarnado en Estados Unidos.

Por el contrario, si pensamos con Heidegger y Zubiri que "el significado de una palabra (concepto) está dado por su sentido prístino u originario" la relación entre Iberoamérica y Occidente es un asunto a resolver.

Existen al menos dos visiones de Occidente: la actual y la histórico-onto-teológica.

a) La actual nace con la modernidad, donde se destacan tres marcadas etapas. La primera, que va desde el final del siglo xv hasta finales del siglo xviii. Para señalarla con hitos significativos podríamos hacerlo diciendo que va desde el descubrimiento de América (1492) hasta la revolución francesa (1789).

La segunda etapa abarca desde finales del siglo xviii hasta la primera década del siglo xx. O sea, desde la mencionada revolución francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1914). Finalmente la tercera etapa se inicia con la Primera Guerra hasta nuestros días.

En la primera etapa el hombre aún no se da cuenta que se ha producido un cambio sustancial en las relaciones interpersonales. Ya no es más la Iglesia católica, la monarquía y la cristiandad su marco de referencia, sino que comienza a referenciarse en otras pautas. La Reforma protestante (1516) no sólo cuestionó el poder de la Iglesia, sino que quebró la relación armónica entre revelación, conocimiento y tradición, para exaltar la validez del conocimiento racional en sí mismo y dejar el dato revelado a la libre interpretación de cada uno, desligándolo de toda tradición interpretativa anterior. En cuanto a la Cristiandad quedó partida en los múltiples Estados-Nación que conforman el Occidente moderno.

La monarquía, revolución francesa mediante, va a ser cuestionada en la segunda etapa de la modernidad, aquella que puede caracterizarse como la etapa revolucionaria. Se producen las revoluciones políticas y las revoluciones técnico-industriales. Aparecen las repúblicas junto con las máquinas a vapor. Los movimientos de masas junto con las zonas industriales.

Finalmente, en la tercera etapa se produce la universalización de la modernidad. La técnica en su simbiosis con la ciencia se transforma en tecnología, la que, a su vez, deviene la ideología incuestionada de nuestros días. Los pueblos son transformados, sobre todo a través de la tecnología massmediática, en público consumidor. Los Estados nacionales son superados en poder por algunas megaempresas transnacionales. Hoy asistimos a la homogeneización del mundo, donde el dinero electrónico, el dinero casino, es cincuenta veces mayor que el dine-

ro comercial. Donde los grandes relatos de la modernidad como a) la idea de progreso, b) la democracia como forma de vida, c) la subjetivización de los valores, d) el espíritu de lucro, y e) la manipulación de la naturaleza por la técnica, quebraron, perdieron validez, no tanto por la mayor o menor crítica aguda que se les hiciera, sino por las consecuencias contradictorias a que llegaron sus principios cuando se plasmaron en los hechos. Hoy Occidente está mal, no por "no proseguir el proyecto de la modernidad" como sostiene Habermas, sino porque los principios sustentados por la modernidad (Reforma, Ilustración y Revolución), llevados hasta sus últimas consecuencias, son contradictorios con la naturaleza humana y el orden entitativo de las cosas.

b) En cuanto a la visión histórico-onto-teológica de Occidente, algunos de sus rasgos más significativos son: a) el indo-europeo como sustrato lingüístico fundamental irrecusable; b) la noción de ser aportada por la filosofía griega que, como se ha podido afirmar con justeza, "el problema del ser, en el sentido ¿qué es el ser?, es el menos natural de todos los problemas..., aquel que las tradiciones no occidentales jamás presintieron ni barruntaron" (cfr. *Le problème de l'être*, PIERRE AUBENQUE, París, 1977, pág. 13); c) la concepción del ser humano como persona vinculada a la propiedad privada como espacio de expresión de la voluntad libre son el núcleo de una antropología que nos ha llegado directamente del Imperio Romano a través de su concepción jurídica; d) el Dios trascendente, uno y trino, personal y redentor en donde la fe sin obras nada vale, como el aporte más propio del cristianismo católico; e) la instrumentalización de la razón humana como poder científico y tecnológico sobre el mundo y la naturaleza que ha dado hasta el presente la primacía a Occidente sobre Oriente.

Vemos, pues, como una concepción lingüística, una de ser, una de Dios, una del hombre, de las cosas que lo rodean y de su poder para transformarlas es lo que conformó la base común histórico-onto-teológica de Occidente.

c) Conclusión.

Viene entonces la pregunta: ¿y nuestra América, qué tiene de común y qué de diferente respecto de estos dos Occidentes? Con el Occidente premoderno, de común, casi todo, con el moderno casi nada.

Nuestra conciencia, nuestro mundo de valores, nuestro *genius loci* (suelo y paisaje), nuestra representación comunitaria, todo ello es premoderno. Pero nuestra representación política en una veintena de republiquetas bananeras es moderna. Es mala copia de la democracia parlamentaria franco-norteamericana que hicieron nuestros Ilustrados. Y esta es la gran contradicción que venimos soportando desde hace casi doscientos años. *Somos entitativamente una cosa pero la representamos falsamente.* Somos sustancialmente premodernos, nos relacionamos con el medio y nos organizamos familiar y comunitariamente como premodernos, pero nos representamos políticamente como modernos. Vivimos así, una contradicción no resuelta. Nuestros contratos los cumplimos de "otra manera", para desazón y perplejidad de europeos y norteamericanos, porque tenemos otro tiempo. No es el *time is money*, sino "sólo tardanza de lo que está por venir" como dice Martín Fierro. Nuestro tiempo es un madurar con las cosas. Eso que tanto cilos como nuestra *intelligentsia* local han caracterizado como indolencia nativa o gaucha.

Claro está hoy ya no existen los arquetipos que han definido a nuestros pueblos, ya no está el gaucha, ni el llanero, ni el huaso, ni el charro ni el jíbaro, ni el borinqueño, ni el montubio, etcétera.

Hoy también nosotros tendemos, casi todos, al *homo consumans*, al hombre *light*, el hombre homogeneizado del supermercado, el hombre desarraigado, al hombre urbano para quien el campo es aquel lugar horrible donde los pollos caminan crudos. Pero si bien es indubitable la desaparición del criollo bajo la forma del gaucha, el llanero, el charro, el huaso, el jíbaro o el borinqueño, ello no nos permite afirmar la desaparición de los valores que alentaron a este tipo de hombre. En una palabra, que desaparezca la forma, en tanto que apariencia, no nos autoriza a colegir que murió su contenido, esto es, "el alma gaucha". Muy

por el contrario, lo que se tiene que intentar es plasmar bajo nuevas apariencias o empaques los valores que sustentaron a este arquetipo de hombre, como son: a) el sentido de la libertad; b) el valor de la palabra empeñada; c) el sentido de jerarquía, y d) la preferencia de sí mismo. Estos son los principios fundamentales del "alma hispanoamericana", Renunciar a cualquiera de ellos es renunciar a nosotros mismos. Es suicidarnos.

Se ha dicho con acierto que Nuestra América es una cultura en busca de una política y esa política la tenemos que inventar, pues si no inventamos morimos como Simón Rodríguez le enseñara a Bolívar.

Tenemos que crear una nueva representatividad política y un nuevo espacio político bioceánico, autocentrado y confederado en el cono sur de América. Las cifras son terribles, tenemos el Iberoamérica 230 millones de hombres debajo de la línea de la pobreza y el ALCA se nos viene encima para imponernos el dios monoteísta del libre mercado de Alaska a Tierra de Fuego. Los datos son escalofriantes, si el Mercosur se asociara al ALCA, según el Instituto Brasileño de Economía, crecería apenas el 0,68%, mientras que si la asociación fuera con la Unión Europea el producto bruto de nuestro mercado crecería en un 67%. Pues nuestras economías son complementarias con las europeas y competimos con la norteamericana. Desde siempre se ha dicho que para la acción eficaz se necesitan tres cosas: hombres, medios y acontecimientos. Los acontecimientos nos son favorables según las cifras que vimos, los medios los tenemos, todo estriba entonces en la voluntad política de nuestros hombres públicos en llevar a cabo este puente beneficioso con la Europa para establecer al menos un impedimento, un *katejón*, en común, que mejor resista la embestida de la potencia talasocrática mundial.